

[Otra edición en: *Corduba Archaeologica*, 12, 1982-1983, 29-39. Versión digital por cortesía del autor, como parte de su *Obra Completa*, revisada de nuevo bajo su supervisión]

© Texto, José María Blázquez Martínez

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Noticia sobre las excavaciones arqueológicas en la mina republicana de La Loba (Fuenteobejuna, Córdoba)

José María Blázquez Martínez

1. INTRODUCCIÓN

Uno de los problemas que dificultan los estudios sobre determinadas situaciones históricas es la utilización indiscriminada de planteamientos sintéticos para un área o período extensos. La misma interacción dinámica que determina en la percepción humana la agrupación de estrellas en constelaciones debe ser responsable —en otras zonas del cerebro— de nuestra satisfacción por las definiciones y esquemas que de forma confusa e imperceptible se extienden más allá de lo que es propiamente su objeto. Al igual que en el caso de las constelaciones, los puntos de interés pueden parecerse cercanos, relacionados o incluso indiscutiblemente partícipes del mismo conjunto, creando una sensación de cercanía cuando no es más que un simple engaño de perspectiva. Así como la estructura deductiva es todo menos uniforme cuando se emplea, a la inversa, es fácil que se dé por buena, por ejemplo, una explicación que no haga sino extender una conclusión por entre los fenómenos «cercanos» quizá no conectados.

Algo semejante ocurre con eso que llamamos los territorios o áreas marginales a otros donde sabemos que se dan fenómenos sociales o económicos bien conocidos. Parece lógico pensar que una evolución histórica local se verá influenciada por los acontecimientos o condiciones específicas de los vecinos, pero a nadie puede ocurrírsele decir, sin un análisis de datos suficiente, que esta evolución sea idéntica. Por ello resulta chocante observar como nuestro territorio en la Edad Antigua se ha convertido muchas veces en un mapa de colores uniformes: de aquí hasta aquí estaban todos romanizados — p.e.— de aquí hasta allá seguían en estadios de cultura «inferiores».

Nuestra predisposición a encontrar relaciones entre los fenómenos que se nos aparecen, aunque tales sean descabelladas, así como su consecuencia de uniformizar sintéticamente en el espacio y en el tiempo es algo tan poderoso que necesitamos de un radical planteamiento metodológico para sustraernos a lo que nos dirige nuestra propia estructura mental básica, ocultando a nuestra percepción gran cantidad de datos y matices de primera importancia. Por lo mismo que los humanos tendemos a confundir nuestras convenciones intelectuales con la realidad misma, llegamos a considerar como «naturales» o «verdaderos», los mecanismos por los que aquellas producen nuestro saber, hecho planteado ya hace tiempo por Wittgenstein o más recientemente por Chomsky.

Nuestras síntesis sobre ese largo y sangriento proceso de la conquista romana de la Península han pecado, en muchas ocasiones, de ser demasiado sintéticas, uniformantes y partidistas (creo que en su mayoría de los romanos). No se puede simplificar lo que es en sí complicado, se dice, pero como todos son procesos psicológicos, basta forzar muchas veces, como la sensibilidad de las películas fotográficas, algunos datos que no en-

cajan del todo para lograr el efecto apetecido: los colores uniformes y la simplicidad de los rasgos. El resultado, al fin, cuando leemos un manual es de que todo parece estar escrito, de que todo tiene un sino. Cuando llega el momento de dar cuenta a modo de avance de una serie de nuevos datos referentes a la conquista romana encontrados en una mina de Sierra Morena es más fuerte la tendencia a encajonarlos en las tipologías intelectuales de lo ya escrito que intentar su estudio diversificado e independiente.

Los factores que juegan en su localización y características hacen de la mina de La Loba una verdadera joya para el estudio del siglo I a. C. en esas áreas marginales a las que aludíamos al principio, por lo tanto una ocasión ideal para replantear nuestro conocimiento sobre los procesos históricos derivados de la invasión romana de la Península. La cronología relativamente tardía, la interdependencia lógica —como en todo lo que sea Historia Antigua— entre la Arqueología y los pocos textos existentes, así como las derivaciones económicas, serán los hilos conductores de este avance que, por supuesto, está referido en todo a la publicación exenta de la Memoria de Excavación con los datos definitivos, muchos de los cuales, a la fecha de redacción del presente trabajo no son conocidos sino aproximativamente; a la espera de los resultados en los laboratorios o finalización de estudios específicos. Por ello la forma que ha recibido este artículo dista de la de un concienzudo estudio arqueológico, sino que al contrario se intentará plantear de forma desenvuelta algunas de las sugerencias que esta investigación nos ofrece.

En general podemos decir que el conjunto arqueológico de la Loba consta de diversos núcleos de interés, diversas zonas de excavación, existentes en función de la explotación de una vena de cobre. Por tanto lo que vamos a encontrar es el resultado de la interacción entre la posibilidad transformadora de la cultura humana y el medio ambiente. Una fabulosa ocasión para valorar con criterios ecológicos lo que significa un descubrimiento arqueológico.

2. SITUACIÓN GEOGRÁFICA

La mina está en una pequeña colina a unos tres kilómetros de Fuenteobejuna. A ella se accede a través de un camino de tierra, de los que se trazan para comunicar a los cortijos, que parte de la carretera nacional 432 (que une Fuenteobejuna con Córdoba) colándose por entre dos cerros —uno alargado y otro en forma de cono— que aparecen a la izquierda según nos alejamos de Fuenteobejuna.

El ámbito más cercano es un paisaje de lomas y cerros de diversas formas, separadas por amplias pendientes y llanuras. En la lejanía lo enmarcan algunas de las pequeñas sierras que forman Los Pedroches. Las cumbres de estas pequeñas colinas contrastan la oscuridad de la piedra con los verdes y amarillos de la pobre vegetación que se extiende por las llanadas. El paisaje es abierto, alto y plano. Ha debido sufrir, en el entorno inmediato, una transformación extraordinaria por el cultivo de cereales, siendo probablemente una de las razones del despojo de sedimentos y la miseria del arbolado. Porque las encinas y los alcornoques están agarrados a las faldas de algunos montes imponentes adonde no subió todavía el arado, pero desde tan lejos hay que mirarlo que más bien parecen pertenecer a otra parte.

Muy cerca, hacia el oeste, se encuentra la divisoria de aguas entre el Guadiana y el Guadalquivir; de hecho, la acción de uno de los afluentes de este último —el Guadiato— es en parte responsable de la peculiar orografía de la comarca. El piedemonte de Sierra Morena, hacia el norte, no alberga los cursos de los arroyos del Guadiana, sino que todavía son las cabeceras de los pequeños afluentes del Guadiato las que han sobrepasado las mayores alturas para serpentear por tierras que en parte pertenecen ya a La

Meseta. Es esta una de las razones por las que la relación entre ella y esta parte de Sierra Morena sea algo históricamente constante: la cuenca del Guadiato llega un poco «más allá» entre este laberinto de tierras altas y sierras que conforman Sierra Morena. Y ello condicionará las comunicaciones del asentamiento humano situado junto a la mina y por tanto será un factor a tener en cuenta al calcular los costos reales de aprovisionamiento y defensa de la antigua inversión.

Hoy en día estas tierras son de las que cuentan con más posibilidades agrícolas del conjunto de la sierra. Pero ni antes ni ahora han gozado de buenas condiciones edafológicas, sino que por el contrario los rendimientos obtenidos son medios, existiendo además cultivos —como el olivo— en constante regresión. Algo semejante ocurre con la ganadería.

Aunque no puede ser tomado como indicación segura, no parece que la situación hay cambiado respecto a las condiciones en la Antigüedad, por lo menos en lo que respecta a la riqueza del suelo agrícola. Pero la antigüedad de las rocas y por lo tanto los minerales que contiene han dado a Sierra Morena la atracción económica que de otra manera no hubiera tenido.

2. ANTECEDENTES PREHISTÓRICOS

Desde la Prehistoria se conoce la riqueza minera propia de estos restos de materiales arcaicos y primarios. Por toda la zona de Los Pedroches se atestiguan hallazgos esporádicos de martillos de piedra y restos de excavaciones antiguas. En la misma Loba podemos tener una prueba de esta antiquísima presencia de mineros en esta parte de la Sierra. Muy cerca de la boca misma del filón de La Loba se han encontrado también martillos de piedra y no muy lejos, en uno de esos cerros que había que franquear para llegar al yacimiento —el de forma cónica—, existía un yacimiento, posiblemente un pequeño poblado del Bronce Medio con cerámicas campaniformes. Desgraciadamente pasaron por allí los clandestinos y hoy no queda un decímetro cúbico de tierra que estudiar. Las únicas muestras que quedan fueron recogidas a modo de prospección al comenzar los trabajos de La Loba y, de esta forma, se salvaron algunos datos de interés como la presencia de una metalurgia. Este yacimiento, aunque pequeño en extensión y sin fortificaciones de importancia, parece lógico relacionarlo con el metal que se encuentra en La Loba, cuya presencia es fácilmente visible desde él. En las etapas posteriores, la mina hubo de estar en funcionamiento. Aunque no existen estructuras sí que se han recogido cerámicas pertenecientes al tiempo anterior a la conquista romana.

La actual dedicación minera de la zona, basada en la riqueza de yacimientos de carbón y plomo, data de principios del siglo pasado y se concretó en la creación de la Sociedad Minero-Metalúrgica de Peñarroya en 1881, viniendo a producir un auge de beneficios que transformó la zona momentáneamente para terminar enfrentándola, al irse agotando los yacimientos, con una lenta y dolorosa decadencia. Esta intensidad en la explotación de las minas tuvo su nivel más alto durante la Primera Guerra Mundial con la consiguiente destrucción en estos años de una buena cantidad de yacimientos minero-metalúrgicos que hubieran podido ilustrar el papel, verdaderamente de importancia, de la Sierra en el mundo antiguo. En el caso de La Loba tenemos la constancia de que fue todavía extraído metal de los cúmulos de mineral ya lavado y desechado por los romanos, por lo que terminaron dispersándose aquellos restos que hubiesen podido mostrar los procesos seguidos en esta mina para separar el metal y su manipulación posterior para el transporte.

4. LA MINA

El conjunto de La Loba comprende diversos hallazgos a veces separados por importantes distancias. La mina estaba constituida por dos filones paralelos, el más importante de los cuales ha sido vaciado del mineral de forma que lo que ha quedado es una grieta grande e irregular que hiende la colina en su falda media y en sentido aproximado norte-sur. Los bordes de la grieta, en la superficie, pueden acercarse tanto que permiten saltar de una a otra cómodamente, manteniendo una separación regular que no sobrepasa nunca más de los tres metros. Pero la profundidad alcanzada en el beneficio del mineral, siguiendo la forma de filón, es algo que no puede ser determinado con seguridad hasta que se resuelvan algunos problemas con el agua que ha llenado el interior hasta el nivel freático. Las paredes de la grieta muestran todavía huellas de instrumentos que han servido para desprender la veta conformando un espacio interior estrecho e irregular, donde tuvo que ser extraordinariamente difícil trabajar y que se hunde hacia el interior algunas decenas de metros de difícil avance entre las dos masas de roca que limitaban la delgada capa de mineral de cobre.

Cuando se extrajo el mineral más superficial, la entrada al tajo se tuvo que realizar, dadas las características, por el extremo sur del filón vaciado, que es además el más bajo. Frente a esta entrada se desparraman los restos del lavado del mineral de diversas épocas que se extiende frente a él unos cien metros. No parece, por tanto que se realizase ningún trabajo de excavación que no fuese el de rebañar el mineral metalífero, trasladándolo a la superficie probablemente con cestos y cuerdas y machacándolo muchas veces en el borde de la sima en unos pequeños hoyitos de la misma roca. Pequeñas concavidades que, no necesariamente junto a la mina, aparecen por todas las partes donde aflora la roca entre la tierra.

La abertura del filón separa aproximadamente la zona donde se han depositado los sedimentos y la parte de la colina donde las piedras están desnudas de cualquier cobertura de tierra, y la deslucida vegetación se agarra a los recovecos donde se refugia todavía alguna. Es también la frontera entre los restos del asentamiento humano, encontrado bajo aquellos sedimentos, y la zona perdida para el estudio arqueológico.

5. LOS RESTOS DE CONSTRUCCIONES

Los restos de construcciones aparecen desde el mismo borde de la mina y se extienden hacia el sureste en su conjunto más importante. En la otra parte no han aparecido más que algunas alineaciones con escasos restos de cerámicas, determinados además por la ausencia de tierra. En realidad lo que constituye el yacimiento arqueológico en sí son las construcciones que se extienden por la suave pendiente de la colina hacia el este: dos grandes edificaciones paralelas entre las que discurre una calle rectilínea y de las que no hemos podido definir todavía sus límites. El tamaño de estas edificaciones es impresionante; desde su punto más alto, en el borde mismo de la mina, hasta el punto más bajo descubierto hasta la fecha hay más de setenta metros de una laberíntica sucesión de pequeñas habitaciones y estancias, articuladas según una red de segmentos cuadrados pero dislocada en tamaños. Estas habitaciones se adaptan muchas veces al perfil sobresaliente, modificándolo incluso para completar la forma de la habitación, al mismo tiempo que se pegan a la roca para salvar la pequeña inclinación sobre la que están construidas. En términos generales no existe una uniformidad constructiva y son varias las técnicas que se han empleado, ninguna de ellas propia de edificaciones de calidad, sino que el aspecto recuerda más el de una construcción circunstancial. La regla general

es la de posar sobre la roca misma un muro de piedras angulosas —la más de las veces sin cementación— cuya altura e hileras varían y sobre la que se construye un paramento de adobes, tierra apisonada, enramados unidos con arcilla, etc. La ausencia de restos importantes de techumbre, como la relativa delgadez de los muros, hacen suponer un resguardo de materiales caducos y ligeros, probablemente ramas o paja, que se ha disuelto ya en la tierra.

Todo este conjunto estaba oculto bajo un manto de tierra que se ha tenido que formar muy recientemente, en relación con las ruinas que terminó por cubrir. Como hemos dicho los zócalos de piedras estaban posados directamente sobre la roca madre y ésta, en gran medida, ha determinado no la forma general pero sí algunas adaptaciones del interior. Es importante hacer resaltar este hecho porque los escasos suelos preservados se asientan, sin más que unas capas uniformantes, también sobre la roca de la colina, muchas veces horizontalizada artificialmente, lo que nos hace sospechar para la Antigüedad una desnudez en suelos fértiles y por lo tanto de arbolado para esta parte de la colina.

Los muros que limitan los edificios tienen sin duda una «formato» diferente al de los que subdividen los interiores. Parece deducirse de la perfecta paralelización entre los muros exteriores que existió un plan preestablecido para proceder a la construcción, pero que una vez que se establecieron estos esquemas básicos se adaptaron a las circunstancias. El problema de la funcionalidad de estos restos es difícil y a su discusión pormenorizada se procede en la Memoria. Sin duda este problema está vinculado a la existencia del plan básico que observamos en La Loba, en las construcciones junto a la mina. En un principio la hipótesis de trabajo más cómoda fue la de suponer estas estructuras como lugar de resguardo, alimentación y dormitorio de trabajadores; ciertamente pobres por las características constructivas de los primeros descubrimientos, suponiendo, además, que estas habitaciones servirían para guardar el instrumental de trabajo, etc. A medida que se avanzó en el vaciado de las cuadrículas, la peculiaridad de este complejo comenzó a hacer matizar las primeras suposiciones hacia la formación de otras hipótesis explicativas. La extremada acidez de la tierra no es propicia para conservar restos orgánicos indicadores de la funcionalidad del lugar. Sin embargo, la interrelación de los hallazgos, el tamaño de las habitaciones que se iban descubriendo, así como la absoluta ausencia de hogares y de utensilios exclusivamente domésticos, no hacía probable la función de habitación para una gran parte de las áreas descubiertas.

En cualquier caso es imposible descartar la función de refugio para la totalidad de los dos edificios excavados. Quizás lo que esté más cercano a la realidad sea una funcionalidad mixta en la que el refugio de seres humanos pudo ser circunstancial. Lo más plausible sería que nos encontráramos ante un almacén-taller, una edificación en función del trabajo en la mina, de donde se explicaría su cercanía a la misma y la ausencia de elementos que lo hiciesen claramente habitable en su totalidad.

Esta suposición plantea una cuestión de importancia como es la de los puntos que, por contra, sí sirvieron de refugio a los trabajadores. En vistas a su descubrimiento parece lógico imaginar que sus hábitats estarían en el área más cercana que se lo permitiesen los factores ambientales.

Después de las prospecciones realizadas, todas las evidencias apuntan hacia el otro de los cerros franqueados para llegar a la mina —esta vez el alargado— como el lugar buscado. Se trata de una altura sin embargo muy separada, aproximadamente un kilómetro en línea recta, donde se han encontrado restos de muros y cerámicas contemporá-

neas a las halladas en la mina y en suficiente cantidad como para llegar a esta conclusión. Los problemas que planteará esta localización serán expuestos más adelante.

6. LOS MATERIALES

Los materiales encontrados en las construcciones junto a la mina comprenden instrumentos de minero: cuñas y puntas de hierro en relativa abundancia aunque sin concentraciones perceptibles. Diversos utensilios de bronce y cerámicas, tanto indígenas como romanas, de las que hay que destacar, por cuanto significan importantes aportes a la investigación, las ánforas y las cerámicas campanienses.

La estratigrafía que ofrece La Loba es relativamente simple. Indica un único momento de ocupación, no muy prolongado, tras el cual fue abandonado. Las estructuras se rellenaron, sin la evidencia de incendio o destrucción premeditada, con los restos de las paredes de adobe o tierra sobre las cuales se depositaron sedimentos, en su mayor parte de procedencia eólica, todo lo que viene a significar una potencia estratigráfica con un máximo de un metro y medio de altura, y una media que no llega al metro.

Gran cantidad de fragmentos de cerámica se entremezclan con la tierra dentro de los muros. Fuera de ellos las proporciones de cerámica son casi inexistentes. El tipo de cerámica más abundante son las ánforas, recipientes extraordinariamente fragmentados que «colorean» el marrón-sepia de la tierra casi de una manera uniforme. En algunos puntos aparecen concentraciones de estos recipientes, que en ningún momento hemos podido reconocer como dispuestos intencionadamente de forma especial. Los tipos de ánforas son coherentes con los horizontes de cultura material para estas datas en el Mediterráneo Occidental. Se trata de ánforas que en su mayoría pertenecen al tipo llamado Dressel Ib, empleadas para transportar vino desde Campania, así como ánforas de las llamadas greco-italicas, formas cercanas a las Dressel 2, etc. Los problemas que plantean estas ánforas, aparte de los derivados de su tipologización, provienen del desconocimiento respecto a su distribución, las vías de comercialización y sus puntos de origen¹, así como la composición de sus pastas, cuyo análisis² recientemente ha obtenido importantes datos. Los otros hallazgos cerámicos, por razones de tamaño, son mucho menos abundantes. La cerámica campaniense aparece solamente concentrada en un basurero localizado en uno de los límites del edificio más meridional, en la zona más baja del yacimiento. En el resto aparece dispersa regularmente, siendo escasísimos los hallazgos de vasos o platos enteros. Al igual que en las ánforas, tanto las formas como las calidades de la campaniense son coherentes con lo que se sabe del resto del Mediterráneo Occidental. Sus especies son las llamadas A y B, siendo la segunda la que acapara la mayor parte de los hallazgos. Las pastas, poco cuidadas en general, son las que cabría esperar en un yacimiento de estas características. El repertorio de formas se reduce a dos formas predominantes, las Lamboglia 1 y Lamboglia 5³ y una pequeña representación de algu-

¹ Los pecios de Spargi, Pegli, Mahdia, Albenga, Titán, Planier y Mandrague de Giens son parte de la información que poseemos sobre el comercio entre Italia y Occidente, en concreto a través del mar, y entre 120 a. C. y 50 a. C. El cargamento encontrado en los mismos parece integrar en las mismas vías de distribución la campaniense y las ánforas.

² Cfr. Tchernia, A.: «Les amphores vinaires de Tarraconaise et leur exportation au début de l'Empire», *AEspA*, 44, 1971, pp. 38-85; más concretamente en el análisis de pastas: en Tchernia y Zevi, «Amphores de Campanie et de Tarraconaise à Ostie», *Recherches sur les Amphores romaines* (Coll. de l'Ecole Française de Rome, 10), Rome, 1972, pp. 35-67.

³ La aparición del libro de J. P. Morel, *Céramique Campanienne* (Ecole Française de Rome), 1981, ha significado la posibilidad de utilizar una tipología mucho más avanzada y completa que la venerable

nas más. Junto con los pobres productos de unas cerámicas ya plenamente «industrializadas», hasta La Loba llegaron las imitaciones que se hicieron de ella y que en muchas ocasiones aprovecharon los circuitos que había creado para hacerse con parte del mercado campaniense. Por lo que se refiere a la cerámica vulgar ha sido también representada en una importante cantidad, aunque también adolece de una mala calidad. Por lo que afecta a las cerámicas indígenas es interesante señalar, de momento, en lo que llevamos excavado, que son las más minoritarias.

Las monedas, en su mayoría indígenas, constituirán una preciosa indicación cronológica que se verá completada por las dataciones de la campaniense y las ánforas. En el momento de la publicación de la Memoria constituirán un estudio aparte. Podemos adelantar que han aparecido dispersas y sin constituir «tesoros» que puedan ser calificados así.

7. CUESTIONES HISTÓRICO-ARQUEOLÓGICAS

Este breve adelanto ha intentado hacer un esquema básico de los resultados de la excavación de una mina de cobre, explotada durante una época imprecisa todavía, que iría desde finales del siglo II a. C. hasta la primera mitad del siglo I a. C. Está situada, probablemente junto a otras, en un territorio apartado de las áreas de «alta civilización» del Valle del Guadalquivir; de ella sólo se ha excavado lo que parecen ser los almacenes situados junto a la boca de su salón principal. La misma existencia de la mina plantea unos problemas arqueológicos e históricos que la hacen muy interesante para el estudio de la conquista romana de la Península.

Tenemos una relativa buena información sobre las minas del norte de la Península si las comparamos con las situadas en el ámbito de la Sierra del Sur, y en aquéllas durante el Imperio. Son varios los autores que han hecho referencia a una presencia militar en aquellas áreas para controlar las minas incluso para épocas en las que este control —una vez conquistada y pacificada Hispania— era más fácil de mantener⁴. Pero si es difícil el estudio del nivel de control social que ejercieron los romanos en la Península en cualquier época, durante la conquista, dada la pobreza de datos que poseemos, resulta especialmente problemático ampliar los factores de dominio conocidos posteriormente. Por este motivo, entre otros, varias son las circunstancias que hacen de la ubicación de La Loba un objeto de meditación sobre el control real que obtuvieron los romanos en algunas zonas.

Creemos que podemos considerar la comarca donde está la mina como un área de «poca seguridad» a finales del siglo II y mediados del I antes de Cristo. Confluyen en ello factores de tipo geográfico y factores de tipo histórico que se explican y determinan mutuamente.

Algunos son los datos que han sido conservados sobre la idoneidad de Córdoba como lugar de internada para el ejército romano⁵, podemos considerar que si esto era así es porque la ubicación de la población ofrecía seguridad y alimentos al mismo tiempo que una equidistancia relativa a los lugares donde se necesitase su intervención y

lista de Lamboglia. Utilizamos, sin embargo, esta terminología aquí dadas las características del presente trabajo y la familiaridad con la que los arqueólogos la consideran. En la Memoria de excavación se seguirá la terminología cerámica de Morel.

⁴ Un ejemplo reciente puede ser el de P. Le Roux, *L'armée romaine et l'organisation des provinces ibériques d'Auguste à l'invasion de 409* (Pubs. du Centre Pierre Paris, 8), París, 1982, p. 121.

⁵ Apiano, *Iber.* 65; la temprana colonización de su entorno en marcos A. Marcos Pous, «La estela de M. Perpernas Tuscinus, sus antropónimos y relación con la colonización itálica de la Ulterior», *Corduba*, 3, 1976 (Córdoba, 1977), pp. 121-141.

de donde se definiría también una internada «disuasoria». Desde Córdoba hasta la mina hay más de una jornada de camino difícil y peligroso. De hecho el acceso a la zona desde la Meseta es mucho más fácil que desde el Guadalquivir. Ello nos hace pensar en la existencia de un contingente reducido de defensores cuyo campamento y rastros no han sido todavía encontrados y que protegería hasta cierto punto un área donde aparte de La Loba existirían otras inversiones mineras. Reforzarían esta suposición la probabilidad de la utilización de mano de obra servil en los trabajos de estas y otras minas y la segura presencia de indígenas viviendo desde antes de la llegada de los romanos en algunos poblados de la zona.

Pero aparte de un contingente militar hay otra posibilidad que queremos hacer presente aunque no sea más que como hipótesis que haya que rechazar. Se trata de la posibilidad de una colaboración con los indígenas «locales» para la explotación de las minas.

La situación de los pueblos indígenas desde finales del siglo II a. C., desde la captura de Numancia hasta la Guerra Civil, es, en general, por lo que a la mitad Sur se refiere, una serie de enfrentamientos que en nuestra perspectiva parecen incontrolados por las dos partes y que se cerraría con la llegada de Sertorio a la jefatura de los lusitanos. Después los enfrentamientos seguirán pero la historiografía vendrá a concluir que ya no se tratará de guerra colonial sino un problema intraespecífico.

Conocemos sublevaciones y hechos de sangre desde el 114 a. C. para casi todos los años hasta la sublevación de Cástulo en el 93 a. C. Durante estos años se van a registrar hechos como la muerte del pretor de la Ulterior, L. Calpurnio Pisón Frugi, la destrucción de contingentes romanos lo bastante importantes como para ser registrados por los anales del 105 a. C. y matanzas de los suficientes indígenas como para valerle el triunfo a Q. Servilio Cepión en el 107 a. C. y en el 93 a. C. a Licinio Craso.

Sorprende, por el conocimiento que tenemos de los métodos romanos, la trayectoria anterior de los mismos en las guerras del siglo II a. C. y las consecuencias derivadas de las ventas de indígenas como esclavos, las matanzas profilácticas⁶, las características de los botines obtenidos, que las poblaciones de Hispania afectadas por esto y más en concreto las lusitanas no sufrieran, a la altura de los 80 a. C., una grave perturbación biológica en lo que se refiere a su capacidad reproductora y pudiesen mantener una población de machos jóvenes lo bastante potente como para soportar con éxito los enfrentamientos con los ejércitos antisertorianos. La única explicación sería la de una masa de población importante todavía que no se vería definitivamente desequilibrada ecológicamente hasta algunas décadas más tarde y por los mismos métodos a los que hacíamos referencia.

Mientras, a nuestro modo de ver, el conflicto con Sertorio va a desdibujar cualquier representación conservada de los comparsas indígenas y pocas referencias se van a conservar sobre los problemas económicos, sociales y menos todavía mineros. Pero una de las enseñanzas de lo que nos ha quedado sobre este conflicto es la posibilidad de los ejércitos «oficialistas» de conocer la derrota cuando se les enfrentaba en campo abierto la misma estrategia. La única explicación a victorias sertorianas como las de Hirtuleyo sobre M. Domicio Calvino o L. Manlio, incursiones sobre el valle del Guadalquivir, etc., es que las fuerzas con las que contó Sertorio fueron considerables. La auténtica inferioridad lusitana no residía en otra cosa, como es sabido, que en la imposibilidad de articular un gran ejército actuando con una estrategia adecuada al mismo. Esto es algo que, al aparecer como evidente ante los propios y escarmentados dirigentes lusitanos,

⁶ El más significativo es el ejemplo de Didio, Cfr. Apiano, *Iber.* 99-100.

les empujaría a buscar un general en un grupo que no era el suyo. Creemos que prueba de ello es el comportamiento del propio Sertorio: si la guerra de guerrillas hubiera sido tan eficaz, lo más probable es que Sertorio no se hubiera apresurado tanto al entrenamiento de los indígenas como lo hizo en el 77 a. C., una vez gozó de algo de tranquilidad.

Lo dicho viene a intentar probar la abundante población existente al norte del área de las minas. Parece lógico pensar que en esos grupos de bandoleros obligados por estas u otras razones a buscar la supervivencia en otros nichos se fijaría la atención en lugares donde algún tipo de riqueza aumentaría su aptitud de supervivencia. El metal no es el menor de los botines para los grupos de nombres que tienen que luchar con él en la mano. Además, por la presencia de esclavos en las minas, debía existir una infraestructura económica de alimentos suficiente con lo cual podemos deducir su calificación como un foco de atracción de grupos —ya fuesen indígenas o no— necesitados. Ello sin contar con los beneficios para quien controlase la mina y vendiese su metal, factor que haría apetecible a La Loba, como a otras muchas, por las distintas facciones romanas que se enfrentarían cerca de su territorio.

El cuadro puede ser completado con mayor documentación, pero el esquema parece ser el expuesto hasta que no aparezcan más datos. Esta zona minera de Sierra Morena, quizás también como las otras, tuvo que ser una zona de preferente vigilancia dado el interés económico de la misma —para todas las partes— y por lo tanto hubo de sufrir de un ambiente inestable que se puede inducir del contexto general que conocemos en la Península Ibérica. La confirmación de estos datos puede estar en restos arqueológicos encontrados ya hace tiempo en la zona como son los «tesoros» de Pozoblanco, Azuel y quizá los de la misma Córdoba o Villa del Río; aunque los datos más coincidentes parecen ser las continuas tesaurizaciones efectuadas en «El Centenillo». En la misma mina hay un dato que es necesario explicar satisfactoriamente como es el de la separación tan exagerada entre el núcleo de habitación y los filones. La ubicación de este núcleo no es tan cómoda como para estar justificada por argumentos culturales.